

La Cosa (das Ding) y el Trauma Mudo

Pulsión de Muerte-Celos Trágicos-Masochismo

Alberto Loschi

Hablar de trauma mudo –como lo indica el título de este trabajo– parece una redundancia ya que, tal como lo entendemos en psicoanálisis, es propio del trauma ser ‘mudo’. Sin embargo, vale destacarlo ya que la ‘mudez’ del trauma es algo más que una metáfora retórica.

Lo ‘mudo’ no es sólo lo silencioso, no es sólo ausencia. Es presencia. La pulsión de muerte, al decir de Freud, es muda y, agregaríamos, lo ‘mudo’ es pulsión de muerte.

Al hablar de Ulises frente a las sirenas, dice Kafka que éstas tienen un arma más terrible que su canto: su silencio. *“No ha ocurrido nunca, aunque quizá no es completamente inconcebible, que alguien se pueda salvar de su canto, pero de su silencio, ciertamente no”* (4). Sugiere luego que Ulises se dio cuenta de la mudéz de las sirenas y

llenó sus orejas de cera y se encadenó al mástil mayor para hacerse sordo y no responder a esa demanda muda.

De tal modo, lo 'mudo' ya es una demanda; la más terrible –la demanda incoercible de pulsión de muerte-. Y, si es una demanda, lo 'mudo' no es lo opuesto a la palabra. Ya es lenguaje. Es el abismo del que brota, y en el que flota, la palabra^[1].

Interroguemos pues qué es eso 'mudo'.

Dice Freud que *“originariamente el yo lo contiene todo; más tarde **desprende** de sí un mundo exterior”* (el resaltado es nuestro).

Identificamos ese desprendimiento con la Cosa (das Ding), el primer mundo exterior, resultado de ese rechazo primordial. El “yo originario”, que *“lo contiene todo”*, en ese desprendimiento se vuelve un yo real primitivo, el que se encuentra con la Cosa, lo desprendido-rechazado. Encuentro signado por lo real de la angustia. Esa Cosa –lo rechazado, desprendido- opaca y muda es pulsión de muerte, que demanda como una fuerza elástica volver a una vida anterior, al mundo de los muertos, del que nació a través de ese rechazo. Engendrado por los muertos es ahora la voz muda del muerto la que lo reclama.

La demanda de esa voz muda se 'escucha' en el cuerpo y se recibe con la urgencia real e incoercible de la necesidad.

Así como a Ulises lo rescata de esa demanda la cera con que llena su oídos y el sostén del mástil mayor, del mismo modo el ser naciente es rescatado por el sostén libidinal de una mamá que, con palabras sonoras, llena sus oídos haciéndolo momentáneamente sordo a la demanda muda y opaca de la Cosa -esa Madre arcana-.

Queda así encadenado al palo mayor de la mamá y, de ese modo, entra al complejo de Edipo, esperando la intervención de un Padre que lo rescate de esas cadenas que, habiéndolo salvado, a su vez lo inmovilizan.

Con todo, nunca es seguro ni está garantizado que una mamá proteja de la Madre-Cosa. No siempre Edipo, habiendo sido abandonado por Yocasta a la mudez y opacidad del Monte Citerón, es adoptado por una mamá que lo críe.

Spitz ha relatado como, en tales casos, la boca abismal de la Madre-Cosa devora al ser naciente.

Mas, sin llegar a esos extremos, entre la vida y la muerte hay estados intermedios. El masoquismo es uno de ellos. Ilustra de modo ejemplar una vía alternativa en que el viviente debe tratar con la pulsión de muerte.

En general Freud se refiere al masoquismo en términos económicos, destacando siempre esta vicisitud como una modalidad por la que Eros puede ligar pulsión de muerte. Pero es en su curiosa y un tanto enigmática construcción de "Pegan a un niño" donde quizá desarrolle más acabadamente ese proceso de ligadura integrándolo a las vicisitudes del complejo de Edipo y, sobre todo, del complejo de castración.

Seguiremos pues esa ruta que nos abre Freud y que señaló como la más apropiada para el examen de *"la génesis de las perversiones"* (1)

Consideraciones sobre la fantasía "pegan a un niño"

Como se sabe Freud investiga el desarrollo en sucesivas fases de la fantasía de flagelación, fantasía que ha acaparado un monto importante de la satisfacción libidinal del sujeto.

La misma se encuentra en ambos sexos y tanto en sujetos neuróticos como no neuróticos. Si bien el complejo de Edipo participa significativamente en su configuración, parece independiente de la neurosis y la relaciona con un *“desvío temprano del Edipo”* debido a *“un factor constitucional o a un desarrollo prematuro de un componente sexual”*. Tal desviación no quedará aislada en la vida sexual del niño,

“sino que es acogida dentro de la trama de los procesos de desarrollo que son familiares para nosotros en su calidad de típicos –para no decir ‘normales’-. Es referida al amor incestuoso de objeto, al complejo de Edipo del niño; surge primero sobre el terreno de este complejo y luego de ser quebrantado permanece, a menudo solitaria, como secuela de él, como heredera de su carga libidinosa y gravada con la conciencia de culpa que lleva adherida.

La constitución sexual anormal ha mostrado en definitiva su poderío esforzando al complejo de Edipo en una dirección

determinada y compeliéndolo a un fenómeno residual inhabitual" (1). (el resaltado es nuestro).

La primera forma de esa fantasía, que tras un trabajo de análisis logra hacerse consciente, es: *"el padre pega a un niño que yo odio"*. Es muy precoz y resulta curioso que, dada su precocidad, se destaque en tal fantasía la ausencia de la madre; los que participan de ella son el padre, el sujeto (femenino) y un hermanito (las fases de esta fantasía en el varón son distintas pero no nos ocuparemos de ellas porque no hacen a lo central de lo que queremos desarrollar). Lo que sí nos parece de gran importancia es la aseveración de Freud en cuanto a que esa fantasía no es aún sexual ni sádica aunque está hecha con la materia de la que lo sexual y sádico proviene y que en esta primera emergencia se manifiesta como odio. Odio que dominaría en el inicio del Edipo. Freud adjudica esa raíz de odio a los celos. En "El problema económico del masoquismo"- destacará que ese odio corresponde a una precoz defusión de pulsión de muerte, *"que será responsable de determinadas prevalencias en la evolución del sujeto"* (2).

La segunda forma de la fantasía (inconsciente y que el análisis debe construir) es *“yo soy azotado por el padre”*. Ésta conlleva el deseo edípico y ya sí es sexual en el sentido de Freud. Lo sexual del complejo ha venido a ligarse a la pulsión agresiva que dominaba en la primera forma y, volviendo sobre la persona propia en una torsión narcisista, se hace masoquista; cobra el sentido de ser objeto del deseo del padre: *“soy azotado”* sustituye a *“soy amado”*. Y la agresión vuelta sobre sí mismo es ahora culpa. El masoquismo, como lo define Freud en este artículo, es *“una conjunción de conciencia de culpa y erotismo”*, también podríamos decir de pulsión de muerte y erotismo (8)

.

En la tercera forma, ya consciente, el que pega no es el padre sino una autoridad, el sujeto desaparece y es sustituido por niños, escolares, azotados. Esta fantasía, cuya forma es sádica pero su meta masoquista, acapara para sí un monto importante de satisfacción sexual que queda ligada al masoquismo y, sustraída del resto de la vida sexual del sujeto, se hace heredera de la carga libidinal del Edipo.

En las vicisitudes del despliegue de tal fantasía se hace patente el desvío de su curso típico que sufre el desarrollo edípico. Cabe interrogarse qué interviene en tal desvío.

“Esa lógica particular que da el odio” (J. L. Borges)

La clave debemos rastrearla en la primera forma de la fantasía. Es un tanto enigmática por las curiosidades que presenta. Es muy precoz, Lacan dice que con ella *“estamos antes del Edipo y, sin embargo, el padre está presente”* (5) Si bien es triangular se destaca en ella la ausencia de la madre. Además, si en lo que Freud llama *“su curso típico”*, lo que domina en los momentos precoces del Edipo es el amor a la madre tanto en el niño como en la niña, acá lo sustantivo es el odio a un niño *“el padre pega al niño que yo odio”*. Freud la hace depender de celos primitivos.

Resulta claro que lo que determina el desvío antedicho en este momento ultra precoz del Edipo es la prevalencia del odio sobre el amor. Freud ensaya un esbozo de explicación adjudicándolo a *“un factor constitucional o a un desarrollo prematuro de un componente sexual”*

No conformándonos con tal explicación indagemos más en este punto.

En la consideración que Lacan hace de esta fantasía plantea que la primitiva relación con la madre *"no está hecha simplemente de satisfacciones y frustraciones"*, señala como central para el niño *"el descubrimiento de aquello que es el objeto de su deseo (el de la madre)"* (5). Ese lugar del deseo de la madre, que el niño está llamado a ocupar y simbolizar, es lo que está en juego en ese momento precoz en que surge la primera versión de la fantasía *"pegan a un niño"*. Lacan dice que el niño *"se enfrenta con el lugar imaginario donde se sitúa el deseo de la madre, y ese lugar está ocupado"* (5).

Freud dice que está ocupado por un hermanito.

En todo caso lo que importa es que ese 'lugar' de la estructura edípica, lugar que podría rescatarlo del no-lugar de la Cosa en el que está extrañado, amenazado de ser devorado por la Cosa que acaba de rechazar, está ocupado por un 'otro' para la madre.

Recordemos que en el *"curso típico"* del Edipo hay un momento inicial, momento lógico si no cronológico, en el que ese 'otro', que

siempre está, está velado, y sólo en un tiempo lógico posterior abrirá el espacio ejerciendo su presencia. La inicial devoción materna vela esa presencia configurando lo que a partir de allí se mantendrá como espacio de ilusión. La inclusión posterior de ese 'otro' articulará de diversas maneras el espacio de ilusión al de realidad. La realidad brota de la ilusión como el conejo de la galera del mago.

Así pues, si ese 'otro' siempre está^[2], que en ciertos casos "*ese lugar esté ocupado*" sólo puede referirse a una particular constelación edípica en la madre en la que su *catexis* está en otro lado. Vale mencionar que *catexis* tiene el sentido de ocupar: un lugar, una posición.

La imagen de yo en los momentos precoces del Edipo

Ese 'lugar' es fundamental porque da un signo de existencia, de ser-ahí que rescata del no-lugar de la Cosa. Es el 'lugar' donde se instala la imagen de yo. La participación activa de la mamá con su deseo para dar ese 'lugar' es requisito para que la imagen de yo se ancle e instale en el cuerpo del ser naciente, dando un signo de

existencia que permite dar sentido a la demanda muda de la Cosa^[3],
aliviando la angustia. Ese sentido es vivido como amor.^[4]

Desde esa imagen anclada en el cuerpo podrá ir poblando, con su reflejo, el espacio opaco de la Cosa, con las cosas del mundo -la realidad-^[5]. En ese proceso es fundamental la voz sonora del niño

que, brotando de y respondiendo a la mudez de la Cosa, hace aparecer, con la emisión activa de su voz, las cosas del mundo. Esa creación mágica configura la primera experiencia de dominio. Merced a la misma podrá ir dejando de ser objeto pasivo de la Cosa para ir siendo agente activo, con poder creciente para crear nombrando y manipular, mediante el juego, tales cosas del mundo, ejerciendo así su pulsión de dominio - una transformación de la pulsión de muerte-.

Que la imagen de yo esté anclada al cuerpo posibilita a su vez que la identificación directa al padre pueda ejercer su fuerza desde el cuerpo, trocando la pasividad inicial, instalada por el fantasma de escena primaria, en actividad.

La pulsión de muerte encuentra así una derivación en la pulsión de dominio, que se ejerce en el juego. Es lo que se describe con el juego del carretel.

Lo real amenazante va cubriéndose de realidad. Allí donde esto no se da, marca el límite en el que el sujeto puede ejercer su actividad. Más allá amenaza la Cosa, la fobia cuida ese límite: *"la fobia se antepone a la angustia como si fuera un fortín"* (3).

Esta síntesis ultra condensada de lo que resulta del proceso de desarrollo edípico en su calidad de típico puede, si seguimos lo que dice Freud en "Pegan a un niño", sufrir un desvío.

Es lo que nos proponíamos indagar.

El desvío masoquista

Habíamos llegado, tomando una referencia de Lacan que amplía el breve comentario que hace Freud sobre los celos del niño, *"que el niño se enfrenta con el lugar imaginario donde se sitúa el deseo de la madre, y ese lugar está ocupado"* (el destacado es nuestro). Mas

¿qué significa, para lo que venimos desarrollando, que *“ese lugar está ocupado”*?

Sólo puede querer decir que la imagen de yo se instala en ese ‘otro’, perdiendo anclaje en el cuerpo e hipertrofiando el transnarcisismo narcisista.

Gracias a la meticulosidad de Freud podemos confirmarlo. La formulación de la primera forma de la fantasía que descubre tras arduo esfuerzo en sus pacientes es *“el padre pega al niño”* (indeterminado en su sexo) y agrega Freud, de su propia cosecha, en el afán de dar mayor coherencia y determinación: *“al niño que yo odio”*. Este agregado de Freud aclara y oscurece a la vez. Aclara porque permite formular el odio que está en juego. Pero, al dar mayor coherencia y determinación, oscurece al separar el niño del que se trata del yo que odia. En la formulación original *“el padre pega al niño”* la fantasía es más ambigua e indeterminada, no distingue entre ‘el niño’ pegado y el yo.

Conjeturamos que la imagen de yo es la que se instala en ese ‘niño otro’. El odio, movido por envidia y celos primarios, se juega en ese transnarcisismo narcisista donde la imagen de yo pierde anclaje en el cuerpo y cobra forma en ‘otro niño’.

Con todo, este fantasma de celos y envidia primitivos que resulta de la imagen dislocada del yo permite la inclusión como excluido y le da forma y sentido al trauma, velando su mudez; forma que actúa de puente por el que podrá derivar pulsión de muerte hacia el exterior como pulsión de destrucción (ya no de dominio). A través del odio y a ese precio vela la demanda muda de la Cosa.

Se suscitan así mociones dolorosas y violentas que darán su cualidad característica al afecto de celos. Podemos hablar, para referirnos a estas mociones, de celos trágicos. Por ellos transita la pulsión de destrucción, que determina que se entre al Edipo por la vía del odio y no la del amor.

La perturbación en el primitivo lazo de amor y deseo entre el niño y la mamá, que permite anclar la imagen de yo al cuerpo, tendría que ver así con el desvío precoz del que habla Freud.

El desarrollo de esta fantasía ilustra una particular vicisitud del complejo de castración (de ahí el protagonismo del padre en ella). Considerando lo expuesto anteriormente, diremos que el pasaje por tal complejo diferirá significativamente de acuerdo a cómo haya sido el lazo inicial con la madre. Lazo del que depende la imagen de yo.

Comprobamos una vez más lo pertinente del término *castración*. En tanto la imagen de yo pierde anclaje en el cuerpo, el 'yo cuerpo' queda castrado de la potencia del padre que da la identificación al mismo en el desenlace adecuado del complejo de castración.

Cabe distinguir los celos trágicos de aquellos que se suscitan inevitablemente en el desarrollo edípico a posteriori de haberse constituido el lazo de amor y deseo que ancla la imagen de yo en el cuerpo.

Estos últimos dañan la imagen narcisista de yo y despiertan dolor y odio, pero no la separan del cuerpo y, tal imagen, sigue, como escudo protector, resguardando de la irrupción de pulsión de muerte, pudiendo derivarla como pulsión de dominio que permite la inclusión en el mundo. Tales celos no alcanzan a ser cuestión de vida o muerte.

Mas, al quedar dislocada la imagen de yo de su anclaje en el cuerpo ya no brinda esa protección y la pulsión de muerte, la demanda angustiante y mortífera de la Cosa, solo atina abrirse camino, por el puente de los celos trágicos, como pulsión de destrucción.

Se entiende que este frágil resguardo que dan los celos trágicos ante la irrupción de pulsión de muerte, es sumamente inestable.

Esto es lo que acontece en el primer estadio de la fantasía “pegan a un niño”. Hay una defusión precoz de pulsión de muerte que se emplea en la destitución del otro. Si el otro es destituido puede lograrse un signo de existencia pero por la vía del odio, no la del amor. Signo muy inestable ya que ese ‘otro’ es un doble.

Si bien la vía del odio protege del trauma mudo bloquea el camino del amor.

La frase “*soy amado*” ya no puede constituirse porque de llegar a constituirse, amenazaría con hacer presentes y activar los celos trágicos. Hay una inversión por la cual los signos del amor convocan la actualización del trauma, con la emergencia de intolerables e inelaborables celos primitivos, celos trágicos. Al no haber logrado constituir ese signo de existencia que da el amor, no poder ubicar la imagen de yo en el cuerpo, el que es amado siempre es ‘otro’.

“Una conciencia de culpa nace también de un amor insatisfecho. Como un odio.” (S. Freud)

En consecuencia, la frase *"mi madre me ama"*, con la cual podría entrarse en el Edipo, no se configura y en su lugar Freud construye la que sería la segunda forma de la fantasía, la que nunca fue conciente: *"el padre me pega"*. Es sustituida la madre por el padre (sustitución ya presente en el primer estadio de la fantasía), el otro por el sujeto y el amor por ser pegado.

Freud destaca que esta segunda forma conlleva el deseo edípico y ya sí es sexual. Lo sexual del complejo viene a ligar la inestable pulsión de destrucción que dominaba en la primera forma de la fantasía.

El sujeto se identifica al objeto que porta la imagen de yo y es ahora el golpeado (golpeado por ser amado, como lo era el 'niño' de la primera fantasía). Esta torsión narcisista sobre la persona propia que implica el masoquismo permite adosar el cuerpo a la identificación con el objeto que porta la imagen de yo. Un anudamiento vicariante entre el cuerpo y la imagen de yo que hace un cortocircuito a la angustia de castración.

La ganancia erótica que esto implica permite una ligadura mucho más estable de pulsión de muerte. La agresión vuelta sobre sí mismo

es ahora culpa, y el masoquismo una conjunción de culpa y erotismo.

Esta segunda forma, de la que Freud dice que debe construirse ya que nunca fue conciente, consiste en la identificación al objeto que porta la imagen de yo, dando lugar a su texto *“soy azotado por el padre”*; es decir, incorporo, me uno a su potencia.

Si recordamos que Freud insiste en que el análisis de esta fantasía abre el camino para el estudio de las perversiones, podemos decir que la identificación al objeto que porta la imagen de yo, y que posibilita adosar el cuerpo a la imagen, es lo que está en el núcleo de las perversiones; núcleo del cual las diversas peculiaridades fenoménicas de la sexualidad perversa son sólo su derivado lógico que pone en acto ese adosar el cuerpo a una imagen. Cuerpo que, por otro lado, como se señala habitualmente al hablar de objetos parciales, resiente de esa unidad que da la imagen de yo.

Parecería haber una suerte de relación inversa entre la melancolía y la perversión. Mientras en la melancolía, la sombra del objeto cae

sobre el yo, en la perversión es la imagen de yo la que se instala en el objeto

Una consecuencia de esta defensa masoquista es que queda esquivada cualquier realización en la que el amor esté involucrado (8). La posibilidad de amor representa un peligro en tanto amenaza despertar los celos trágicos que brotan del trauma mudo. En ese sentido el masoquismo es una defensa.

Reparemos que para el desarrollo de esta fantasía en sus tres fases es condición que un monto importante de la sexualidad edípica se emplee en ligar la pulsión de destrucción. Lo que dará una dirección particular al Edipo y, tras su declinación, dejará como secuela residual la constitución sado-masoquista.

Dice Freud que esto *“puede convertirse en el fundamento para el despliegue de una perversión que subsista toda la vida y consuma toda la sexualidad de la persona o puede ser interrumpida y conservarse en el trasfondo de un desarrollo sexual normal al que en lo sucesivo sustraerá siempre cierto monto de energía”*, en tal caso *“se pesquisan efectos*

suyos sobre el carácter, derivados de manera directa de su versión inconciente” (1).

Con todo, la existencia de esta fantasía nos muestra que una ligazón, aunque secundaria y preñada de consecuencias, ha sido posible. Mas, si esta tampoco ha sido posible o falla en su organización defensiva, ya no tendremos la fantasía sino la derivación a la acción (7). La acción destructiva ocupa el lugar de la fantasía no lograda o desanudada de su ligazón erótica.

Esto ocurre cuando alguna vicisitud, que puede ser el mismo análisis en el caso de la reacción terapéutica negativa, activa el trauma mudo que quedó encriptado en la constitución masoquista. La salida sin suficiente elaboración del masoquismo conlleva el riesgo cierto de una eclosión de destructividad. Por la desligazón erótica la fantasía es sustituida por la derivación a la acción.

Como ilustración de lo dicho resulta sugerente, por la similitud con la forma final de la fantasía que alude a escolares, los recientes casos de asesinatos masivos en colegios. Los agentes de tales asesinatos habían sido alumnos burlados, humillados o ignorados y excluidos

por sus compañeros, lo que denota una estructura masoquista. En un momento dado se da un quiebre y acontece la tragedia con la irrupción de destructividad asesina –homicidios y suicidio-, logrando con la propia muerte un signo de existencia.

Es significativa la frase que dejó escrita antes de suicidarse uno de los últimos de estos asesinos: *“Siempre fui un pedazo de mierda, ahora voy a ser famoso”*.

BIBLIOGRAFÍA

- 1) Freud, S. “Pegan a un niño”. A.E. T XVII
- 2) “ “El problema económico del masoquismo”.
A.E. T XIX
- 3) “ “La interpretación de los sueños” A.E. T V
- 4) Kafka, F. “El Silencio de las sirenas” O. C. Edicomunicación
- 5) Lacan, J. Seminario V. “Las Formaciones del inconciente”
Ed. Paidós
- 6) Loschi, A. “Conciencia-realidad-fantasía” La Peste de Tebas
Nº 34
- 7) “ “Identidad de acción” La Peste de Tebas Nº 13

8) Rusconi, R.J. “Posición ‘femeniña’. Garantía de sufrimiento”

La Peste de Tebas N° 19

[1] *Muo*, del griego antiguo, es tanto mudez (labios cerrados) como hablar, palabra. Derivados de *muo* son mito y fábula. Giambattista Vico, en su *Scienza Nuova*, une en la serie que parte de *muo*, palabras tales como: *favola, favella, mythos, mutus* (mudo), *parola*.

[2] El padre está entre la madre y el hijo desde el origen

[3] La Cosa es el primer ‘afuera’, resultado de un rechazo primordial, una suerte de Madre arcana devoradora, pulsión de muerte que, con su llamado mudo, nos demanda volver a una vida anterior. Esa ‘vida anterior’, del narcisismo originario donde “*el yo lo contiene todo*”, la del reino ideal de los muertos que nos engendran, es lo rechazado primordial. Pasa a ser la Cosa (das Ding) que se enfrenta y demanda al yo real primitivo, de una forma tan intensa como muda y tan real como **la necesidad** (6)

[4] La mamá (diferente y desdoblada de la Madre-Cosa) con su baño de palabras, el brillo de su mirada y su sonrisa, cual una Tetis con su Aquiles, da una investidura protectora: la imagen de yo. Ese yo placer opaca al yo real primitivo enfrentado a la demanda angustiante de la Cosa (6)

[5] Esa imagen de yo, con su reflejo, da cualidad, haciendo aparecer sobre el espacio opaco de la Cosa, las cosas del mundo, talladas ahora a la medida de esa imagen egomórfica. (6)